

# Voluntad secuestrada

JAVIER URRA

El sobrecogedor caso de las tres jóvenes secuestradas en Cleveland es todavía un enigma que deja muchísimos interrogantes en el aire. Durante los 10 años de su cautiverio, ¿nunca salieron de la casa de su captor? Teniendo en cuenta que una de ellas se quedó embarazada y tuvo una hija, ¿es creíble que jamás fuera a un hospital para dar a luz, y después a la consulta de un pediatra con su bebé? ¿Qué tipo de relación existía entre el secuestrador y las tres chicas? ¿Se conocían antes del rapto? ¿Estaban allí totalmente contra su voluntad, o existía algún tipo de relación afectiva (aunque fuera patológica)? ¿Por qué justo ahora decidieron pedir ayuda para escapar? ¿Nunca lo intentaron antes, durante los 10 años que duró el secuestro, en un barrio normal rodeado de otras viviendas con vecinos que podían haber escuchado sus gritos? ¿Hasta qué punto pudo surgir un síndrome de Estocolmo entre estas tres jóvenes hacia su secuestrador? Todas estas cuestiones deberán ser aclaradas en las próximas semanas para que podamos emitir un juicio psicológico con un mínimo de rigor.

En cualquier caso, y con toda la cautela a la que nos obliga la poca información de la que disponemos en estos momentos, me parece probable que nos encontremos sobre todo ante un secuestro emocional; es decir, un secuestro de la voluntad en el que uno (o varios) captores han ejercido su dominación sobre estas tres jó-

venes, sometidas no sólo por el miedo, sino quizás también por una perversa dependencia afectiva. La situación podría ser comparable a la de las sectas, en las que un gurú carismático ejerce su poder de seducción sobre sus seguidores, sólo que en este caso estaríamos hablando



Gina Dejesus, con 14 años y una recreación de su aspecto con 19 años. / AFP/REUTERS

de una mini secta o un grupúsculo. Pero la dinámica es la misma. El líder convence a sus seguidores de que su bienestar y felicidad depende de su devoción a él, que fuera de las fronteras de la secta sólo existe la maldad, que en ningún sitio van a estar mejor que a su lado. Se trata de una especie de sodomización emocional que puede resultar muy chocante vista desde fuera, pero que son dinámicas que existen y se han observado en muchas ocasiones. Es sólo una hipótesis, pero teniendo en cuenta las extrañas circunstancias del caso (no una chica como en el caso de Natascha Kampusch, sino tres jóvenes, un periodo de secuestro muy largo que se ha

prolongado a lo largo de una década, e incluso el nacimiento de una niña), resulta verosímil. Es posible que estas tres chicas, que fueron raptadas cuando eran muy jóvenes, hayan sufrido lo que los psicólogos llamamos *indefensión aprendida*. Es decir, al igual que un animal que desde su nacimiento ha estado atado a una estaca y ni siquiera intenta escaparse porque no conoce otra cosa, quizás Amanda, Gina y Michelle estuvieron convencidas durante mucho tiempo de que no había alternativa para ellas, porque su

voluntad había sido machacada hasta ese punto.

En cualquier caso, aunque tardaremos en comprender todos los detalles del caso, lo que está fuera de toda duda es que estas tres chicas han sido víctimas de un crimen aborrecible. Quizás se descubra que no siempre estuvieron encerradas contra su voluntad, pero en todo caso estaríamos hablando de una voluntad anulada y sometida. Ahora, por tanto, lo importante es ayudarlas a reintegrarse en una vida lo más normal posible. Las autoridades,

la policía y sus propias familias van a tener muchas preguntas para ellas, pero es fundamental tratarlas con guantes de seda para que no se encierren en sí mismas y logren una readaptación a la sociedad lo menos traumática posible. No será fácil, porque la vuelta a la realidad tras una década en una situación de secuestro (tanto físico como emocional) supone un auténtico cataclismo psíquico. Ojalá, con ayuda de sus familias y el apoyo de buenos terapeutas, puedan superarlo.

Javier Urra es Doctor en Psicología y fue el primer Defensor del Menor en la Comunidad de Madrid.